



MUGERES CÉLEBRES. | D^a MARIA PACHECO.
(Muger de Padilla.)

DOÑA MARÍA DE PACHECO.

«Señora: si vuestra pena no me lastimara mas que mi suerte, yo
«me tuviera enteramente por bienaventurado. Que siendo á todos
«tan cierta, señalado bien hace Dios al que le da tal, aunque sea de
«muchos plañida, y de él recibida en algun servicio. Quisiera tener
«mas espacio del que tengo para escribiros algunas cosas para vues-
«tro consuelo: ni á mi me lo dan, ni yo querria mas dilacion en
«recibir la corona que espero. Vos, señora, como cuerda llorad vuestra
«desdicha, y no mi muerte, que siendo ella tan justa de nadie debe
«ser llorada. Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, dejo en vuestras
«manos. Vos, señora, lo haced con ella, como con la cosa que mas
«os quiso. A Pero Lopez mi señor, no escribo porque no oso, que
«aunque fui su hijo en osar perder la vida, no fui su heredero en la
«ventura. No quiero mas dilatar, por no dar pena al verdugo que me
«espera, y por no dar sospecha, que por alargar la vida, alargo la
«carta. Mi criado Losa, como testigo de vista é de lo secreto de mi
«voluntad, os dirá lo demás que aqui falta, y asi quedo dejando esta
«pena, esperando el cuchillo de vuestro dolor y de mi descanso.»

Así se despedia de su esposa desde la cárcel de Villalar, momen-
tos antes de subir al patíbulo el valiente gefe de los comuneros Juan
de Padilla, dejando en tan notable documento irrecusable testimonio
de su patriotismo y elevacion de sentimientos, asi como del amor
conyugal que siempre profesó á la compañera de su vida.

Digna esposa del noble gefe de los comuneros, Doña Maria de

Pacheco al recibir aquella tristísima epístola con el relicario que siempre llevaba al cuello el malogrado caudillo, lejos de abandonarse á los extremos de un dolor desesperado, elevó los ojos al cielo como si á través del espacio viese al noble mártir de las libertades de su patria, y abismada despues en fervorosa oracion, buscó en la santa creencia que la animaba, el único lenitivo á tan terrible pena, y en la energia de su elevado espíritu fuerzas bastantes para continuar la difícil, pero gloriosa empresa acometida por su esposo.

Nacida á fines del siglo xv, hija del conde de Tendilla y de una hermana del marqués de Villena, eran tantas y tan relevantes las cualidades que adornaban á Doña Maria, que no es extraño hubiera cautivado el corazon de su esposo, cuando dominaba con el influjo de su palabra y de sus virtudes á cuantos tenian la fortuna de conocerla. Señora de honestas costumbres, de entendimiento claro, ejercitada en la lectura, delicada de salud, pero fuerte de espíritu, dulce y amable en su trato, protectora de los menesterosos, fecunda en recursos, hábil en ganar los corazones, tan entusiasta por la causa de las comunidades, como su propio marido; ejercia tal ascendiente sobre los toledanos, que todos la amaban, reverenciaban y obedecian como si con un mágico talisman los tuviese encantados¹.

Cuando despues de la fatal jornada de Villalar, la causa de las comunidades podia considerarse completamente perdida, Toledo únicamente persistió en sostener sobre los torreones de su alcázar la morada bandera de los comuneros; y era que dentro de los muros vivia, prestando aliento y confianza á los mas débiles, la heróica Doña Maria de Padilla, tan rudamente herida en lo mas íntimo de su corazon con la muerte de su esposo. Ella únicamente con la persuasiva elocuencia de su ejemplo y de su palabra, animaba á los toledanos en los momentos de mayor peligro, convirtiendo en esforzados á los mas tímidos. Sin detenerse ante ningun obstáculo, y siguiendo el ejemplo que ya en otras ocasiones análogas habia dado la gran Reina Isabel la Católica, habia recurrido á la plata de las iglesias para pagar

¹ La Fuente, historia de España.

las tropas, pero no sin que al hacerlo hubiese demostrado la lucha terrible que sostenia entre su respeto á la Iglesia y su amor á la patria entrando en la Catedral de Toledo, cubierto el rostro con un velo y severamente enlutada, y dirigiéndose al altar mayor, delante del cual, puesta de rodillas, y derramando lágrimas de profundo pesar, pidió fervorosamente perdon á Dios, por recurrir á tan forzado recurso, para hacer frente á las necesidades públicas.

Cristiana siempre y de arraigadas creencias, orando estaba ante un crucifijo cuando recibió la carta de su esposo, y dominando su dolor para que no decayese el ánimo de los que seguian su causa, mandó poner guarda con gran vigilancia en las puertas de la ciudad, y se encaminó al alcázar llevando en brazos á su tierno hijo, en cuyas infantiles facciones reflejábese la varonil belleza de su desgraciado padre. El pueblo la siguió silencioso y triste, mas abstraído en los pesares de Doña Maria, que en el peligro que desde aquel momento amenazaba, cada vez mas inminente, á todos los comuneros.

El orgulloso ejército del Prior de San Juan, fuerte de siete mil infantes y tres mil caballos, estaba á las puertas de la Ciudad del Tajo, y figuraba entre los caudillos de los imperiales, para mayor pesar de Doña Maria, su mismo cuñado, el hermano del noble gefe de los comuneros, Gutierre Lopez de Padilla, que habiéndose visto arrojado de la ciudad como enemigo de las comunidades, acudia ahora á rendirla sediento de venganza, sin detenerle el duelo de su anciano padre y el de la digna esposa de su desgraciado hermano.

Doña Maria sin embargo no vaciló un momento. Logrando del cabildo, que acudiera con seis cientos marcos de plata para pagar á los defensores de Toledo, tal ánimo y valor logró infundir con sus enérgicas exhortaciones en aquellos guerreros, que no solo estaban siempre apercebidos para la mas decidida resistencia, sino que frecuentemente tomaban la ofensiva, haciendo salidas á los pueblos cercanos, y volviendo victoriosos de sus parciales combates con las tropas sitiadoras.

Generosa Doña Maria, hasta con sus mismos enemigos, dejó solo